

Producíanlo los soldados de la escolta que á culatazos trabajaban en derribar una de las mil puertas que, durante la noche, impiden el tránsito por las calles de Fez. La tarea duró buen rato: relampagueaba, tronaba, la lluvia iba en aumento; los soldados iban y venían con las linternas, proyectándose en el muro sus largas sombras; el cadí, de pie sobre los estribos, fulminaba terribles amenazas contra los invisibles habitantes de las casas cercanas, y nosotros contemplábamos gozosos aquel cuadro digno del pincel de Rembrandt. Al cabo oyóse un gran estrépito: cayó derribada la puerta y seguimos adelante. Á corta distancia de nuestra morada, debajo de una bóveda sepulcral, encontramos seis soldados de infantería que nos presentaron las armas con una mano, en tanto que con la otra nos alumbraban con sendas candelas. Tal fué la última escena del espectáculo fantástico titulado: «Una comida en casa del gran visir.» Digo mal: la última escena tuvo efecto cuando apenas hubimos penetrado en nuestro patio, nos precipitamos sobre las sardinas de Nantes y las botellas de Burdeos, y Ussi, levantando la copa sobre nuestras cabezas con acento solemne, exclamó:

—Á Sidi-ben-Jamani-Boascerin, gran visir de Marruecos, nuestro amabilísimo huésped, Esteban Ussi, perdonando cristianamente, dedica este brindis.

\* \* \*

El Sultán ha recibido en audiencia privada al embajador. La sala en qué ha tenido efecto la recepción es grande, destartalada, y sus paredes blancas y desnudas como las de una cárcel. Su adorno se reduce á un gran número de relojes de péndulo de todas formas y dimensiones, unos colocados

en hilera sobre el suelo á lo largo de aquéllas, otros amontonados sin orden ni concierto encima de una mesa existente en el centro de la habitación. Debe tenerse en cuenta que los relojes constituyen para estas gentes objeto especialísimo de admiración y regocijo. El Sultán estaba sentado, con las piernas cruzadas, sobre un pequeño estrado de madera de un metro de elevación, dentro de una reducida alcoba. Como en la recepción pública, llevaba echada sobre las espaldas una luenga capa blanca, cuyo capuchón le cubría la cabeza; los pies desnudos, teniendo á un lado las babuchas amarillas, y cruzado en el pecho un cordón verde, del cual debía pender un puñal. De este modo reciben á todos los embajadores los emperadores de Marruecos: su trono, como dice el sultán Abd-er-Rhaman, es el caballo y su dosel el cielo. Como el embajador avisó oportunamente á Sid-Mussa su deseo, encontró colocada sobre el estrado imperial una modesta silla, en la cual, en virtud de indicación del Sultán, tomó asiento: el intérprete, que lo fué el señor Morteo, permaneció en pie. Su majestad Muley-el-Hassen habló largamente, sin sacar un solo instante los brazos de debajo de la capa; sin hacer con la cabeza el más insignificante movimiento; sin alterar un solo punto la habitual monotonía de su voz grave y delicada. Trató de las necesidades de su Imperio, de comercio, de industria, de tratados, descendiendo á particulares insignificantes con mucho orden y claridad y con gran sencillez de expresión. Hizo varias preguntas; escuchó las contestaciones con la mayor atención, y concluyó diciendo, con acento de tristeza:

—*Cierto; pero nos vemos obligados á proceder lentamente.*

Palabras extrañas y verdaderamente dignas de admiración en boca de un emperador de Marruecos. Viendo que

ni aun en los intervalos de silencio, daba indicio de poner término á la entrevista, el embajador se creyó en el deber de levantarse.

—Aguardad un poco,—dijo con ingenuidad el Sultán,—me place hablar con vos.

Cuando al retirarse el embajador, inclinóse por vez postrera, al encontrarse ya en el dintel de la puerta, el Sultán bajó imperceptiblemente la cabeza, y continuó inmóvil, como un ídolo en su templo desierto.

\* \* \*

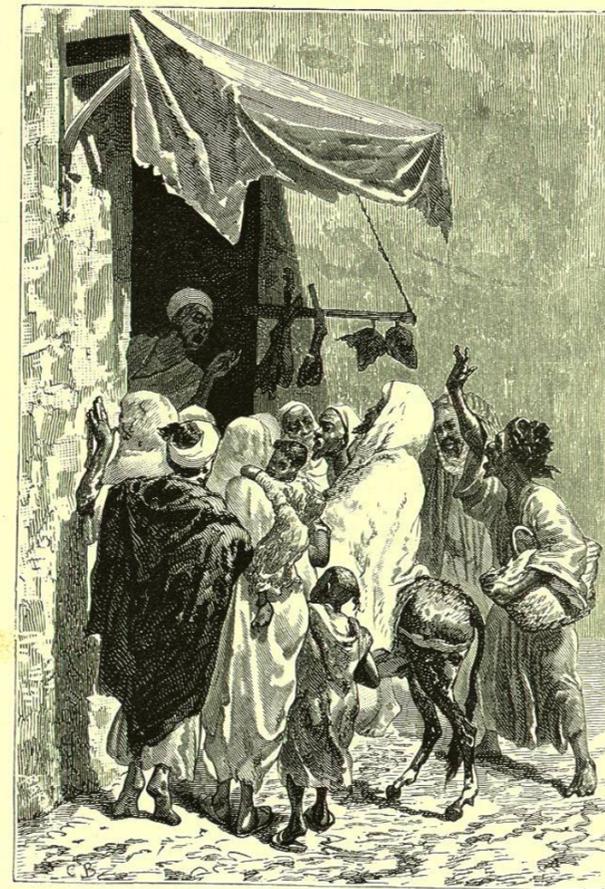
Ha venido una comitiva de judías á presentar no sé qué instancia al embajador.

Ninguno de nosotros ha podido evitar que nos besaran las manos repetidas veces.

Eran las esposas, hijas y parientas de dos acomodados comerciantes: hermosísimas, de grandes ojos negros, rosada tez, labios purpurinos y manos pequeñísimas. Las dos madres, ya entradas en años, no tenían una sola cana, y en sus pupilas brillaba aún todo el fuego de la juventud. Su traje era pintoresco y espléndido: ceñía su frente un pañizuelo de seda de vivísimos colores; su cuerpo hallábase oprimido por un juboncillo de paño rojo adornado con anchos y apretados galones de oro, completando su vestido un delantal dorado, una saya corta y estrecha de paño verde, listada igualmente de galones brillantes, y una faja de seda, roja ó azul, rodeada al talle. Semejaban otras tantas princesas asiáticas, contrastando extraordinariamente tanta pompa con sus maneras servilmente obsequiosas.

Todas hablaban el idioma castellano.

Sólo al cabo de algunos minutos advertimos que llevaban los pies desnudos y tenían las babuchas amarillas debajo del brazo.



Carnicería árabe

—¿Por qué no os calzáis?—preguntéle á una de las más ancianas.

—¡Qué es esto de calzarnos!—observóme á su vez en el colmo de la admiración.—¿Ignora usted acaso que los hijos de Israel no pueden usar los zapatos, como no sea en su

barrio, y que al penetrar en la ciudad mora deben descalzarse?

Instadas por el embajador se pusieron las babuchas.

En efecto, si bien es verdad que no están obligadas á andar descalzas continuamente, como les está prescrito que deben quitarse las babuchas cuando pasan por determinadas calles; delante de ciertas mezquitas y junto á varias *casbas*, viene á resultar lo mismo, y para evitarse el trabajo de calzarse y descalzarse continuamente, prefieren andar sin zapatos. Ni es esta la única ni la más humillante de las vejaciones á que están sujetos los judíos: entre otras que sobre ellos pesan, está dispuesto que no puedan declarar en juicio, debiendo humillarse hasta el suelo, cuando se hallan en presencia del tribunal; no pueden poseer tierras ni casas como no sea en su barrio; no pueden ir montados por las calles y plazas de la ciudad; no pueden levantar la mano contra un musulmán, ni siquiera para defenderse, como no sea que se vean asaltados en su propio domicilio; sólo pueden usar en sus trajes colores oscuros; en cuanto muere alguno de ellos, deben conducir inmediatamente su cadáver al cementerio que les pertenece; deben solicitar del emperador permiso para contraer matrimonio; han de estar en su barrio al ponerse el sol; están obligados á pagar la guardia mora que se halla situada en las puertas de aquél; y han de ofrecer al Sultán ricos presentes en las cuatro fiestas principales del islamismo, y siempre que tienen lugar nacimientos y matrimonios en la familia imperial. Y todavía era más triste su condición antes del reinado del sultán Abd-er-Rhaman, puesto que éste dispuso que no pudiesen ser inmolados. Lo peor es, que aun cuando los sultanes se empeñaran, sería imposible hacer su estado más llevadero, sin exponer á esos infelices á males

más horribles aún que la esclavitud que les oprime: tan fanático es y tan feroz el odio que contra ellos abrigan los moros. Ejemplo es de ello lo que pasó en tiempo del emperador Solimán, que, compadecido de ellos, y habiendo decretado que pudieran andar calzados, amotinóse el pueblo, y fueron tantos los que perecieron degollados en las calles de Fez, que ellos mismos, para librarse de la general matanza, solicitaron la revocación del decreto. Y sin embargo, permanecen en el país, en primer lugar porque se enriquecen sirviendo de intermediarios para el comercio entre la Europa y el África, y después, porque comprendiendo el gobierno la importancia que tienen en la prosperidad del Estado, opónese casi sistemáticamente á su emigración, prohibiendo á todas las judías el que puedan salir del Imperio. Viven, como puede comprenderse, reducidos á la más baja de las condiciones, sumidos en el polvo del servilismo; mas no haya miedo que exista uno solo que, para adquirir la dignidad de hombre y la libertad de ciudadano, sea capaz de sacrificar el montón de monedas de oro que guarda en los escondrijos de sus lóbregas habitaciones.

Los que hay en Fez son al pie de ocho mil, divididos en varias sinagogas bajo la dirección de los rabinos, que gozan gran autoridad y prestigio en todo el imperio de Marruecos.

Aquellas pobres mujeres nos pusieron de manifiesto algunos gruesos brazaletes de plata cincelada, sortijas con piedras preciosas y pendientes de oro, que guardaban ocultos en el seno. Les preguntamos por qué los escondían.

—Nos dan miedo los moros, — contestaron en castellano y en voz baja, mirando en derredor con aire de desconfianza.

Hasta de los soldados de la Legación recelaban.

Había, como he dicho, varias niñas, y éstas vestían con idéntica pompa que las demás mujeres.

Una de aquéllas permanecía junto á su madre, mostrando cierto aire de timidez. El embajador preguntó á la madre cuál era su edad, y contestó que tenía doce años.

—Es ya casadera, — repuso el embajador.

—Al contrario, — observó aquélla, — ya es demasiado vieja para encontrar marido.

Figurósenos que se estaba chanceando.

—Hablo formalmente, — continuó la madre casi sorprendida de nuestra incredulidad. — ¿Ven ustedes esta otra? — dijo indicándonos una muchacha sin duda alguna más joven. — Dentro medio año cumplirá diez y hace ya más de uno que está casada.

La chiquilla bajó la cabeza. Á pesar de esto no le dimos crédito.

—Puesto que no prestan ustedes crédito á mis palabras, continuó la madre, hagan ustedes el favor de honrar mi casa un sábado cualquiera, á fin de que podamos recibirles cual merecen, y conocerán el marido y verán la fe de matrimonio.

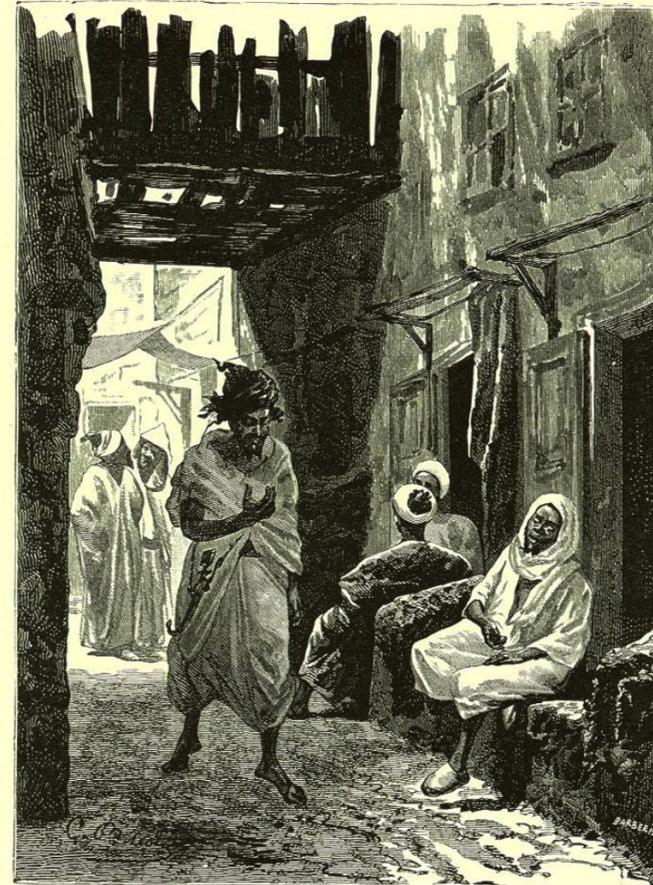
—¿Y qué edad tiene su marido? — pregunté.

—Diez años cumplidos, señor.

Viéndonos ya inclinados á creerla, las demás mujeres nos confirmaron su dicho, añadiendo que son contadas las muchachas que contraen matrimonio cumplidos los doce años; que la mayor parte son esposas á los diez; muchas á los ocho y no pocas á los siete, teniendo sus maridos la misma edad con corta diferencia; que, como es natural, mientras son tan pequeños, continúan viviendo con los padres, los cuales siguen tratándolos como muchachos, y les sustentan, los visten, les regañan y les zurren sin consideración alguna á su dignidad

marital; y que viven siempre reunidos y sometida la mujer al marido.

Parecíanos que oíamos hablar de otro mundo, y escu-



Bazar de telas

chábamos con la boca abierta, sin sabernos determinar entre ceder á los impulsos de la risa, á los de la compasión ó al desdén.

—Mas... — preguntó indeciso el embajador, — ¿permanecen reunidos constantemente... de la mañana á la noche?

—Naturalmente, —contestó la madre, — puesto que son marido y mujer.

—¿Pero no comprendéis, — continuó aquél con aire de reconvención, — que esto está mal hecho; que es contrario á las leyes de la naturaleza; que es igualmente perjudicial al alma y al cuerpo; que de esta suerte en lugar de educar á la infancia, física y moralmente, la profanáis, la envenenáis, la consumís?

—Nada menos que esto, señor embajador, — contestó la madre con la más graciosa desenvoltura. — De todo esto nada absolutamente resulta de lo que vucencia imagina. Son niños. — Aquí, bajando la voz, acercóse á nosotros y dijo: — Son niños, nada saben, nada discurren, nada imaginan, ríen, juegan y corretean, y después cuando están cansados, inclinan así la cabeza y se duermen como angelitos. Nada de malo, señor embajador, nada de malo.

Éste intentó de nuevo persuadirla, poniéndole de manifiesto los inconvenientes que de ello podían resultar; pero la buena mujer continuó diciendo:

—Nada malo, nada malo... poquito á poco, poquito á poco, ... — persistiendo en su opinión.

Entretanto la mujercilla de nueve años, enviaba besos al perro de caza del señor Patxot, atado á un ángulo del patio.

¡Pobres criaturas! Causáronnos verdadera compasión al verlas, después de haberse despedido, quitándose las babuchas y las joyas, poniéndose aquéllas debajo del brazo y guardando las segundas en el seno, y de esta suerte, hermosas y ricamente ataviadas, regresar á pie desnudo á sus casas, al través de calles llenas de guijarros é inmundicias, mirando en derredor con expresión suplicante y humilde, para conjurar los insultos y las agresiones de los transeuntes.

\* \* \*

Un almuerzo en casa del ministro de la Guerra.

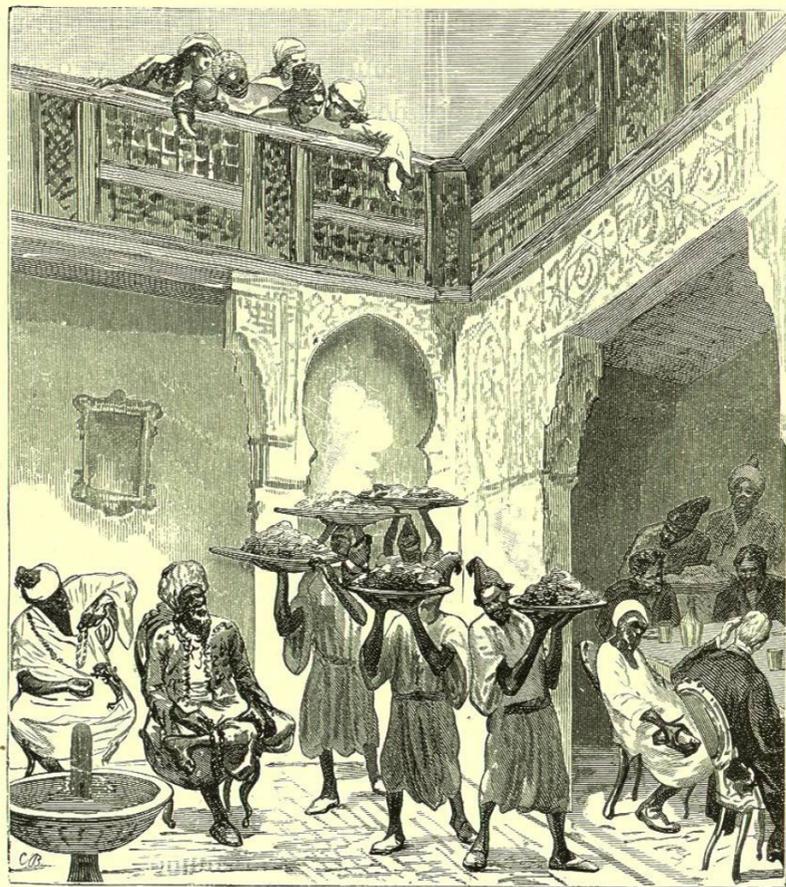
Apenas llegados, fuimos recibidos en un patio, cerrado por sus cuatro costados por muros elevadísimos, y oscuro como un pozo. En uno de los dos lados veíase una puertecilla de poco más de un metro de elevación; en otro una gran abertura sin puertas, que daba ingreso á una sala, cuyo mueblaje se reducía á un colchón extendido sobre el suelo, y á algunos pliegos de papel, ensartados por un bramante, que pendía de un clavo fijado en la pared. Dichos papeles constituían, según tengo entendido, la correspondencia que recibiera aquel día el señor ministro.

Llámase Sid-Abd-Alá Ben Hamed, es hermano mayor de Sid-Mussa, tiene sesenta años, es negro, menudito, flaco, trémulo, sus piernas apenas pueden sostenerle, y en suma, se halla reducido, como suele decirse, á la última expresión; mas con todo esto su conjunto es simpático. Habla poco, cierra frecuentemente los ojos y sonríe cortésmente, inclinando la cabeza, que oculta casi del todo un turbante formidable.

Cambiadas algunas frases, fuimos invitados á pasar á la sala comedor. El embajador primero, y después todos los restantes, doblándonos casi en ángulo recto, fuimos penetrando uno en pos de otro al través de la menguada puertecilla, y nos encontramos en otro patio espacioso, rodeado de elegantes arcadas y cubierto de mosaicos tan ricos como variados. Es un palacio regalado por el emperador á Sid-Abd-Alá, según nos manifestó el favorecido, inclinando la cabeza y cerrando los ojos en ademán de religiosa veneración.

En uno de los ángulos del patio veíase un grupo de oficia-

les con turbante y capa blanca; en el opuesto un ejército de criados, entre los cuales se distinguía un muchacho de arrogante figura y talla gigantesca. Vestía completamente de azul,



Almuerzo en casa del ministro de la Guerra

á lo zuavo, con una larga pistola en el cinto. En todas las ventanas y ajimeces de las cuatro paredes, veíanse aparecer y desaparecer cabezas de mujeres y niñas de todos colores, y por todas partes se oían voces y vagidos de pequeñuelos.

Nos sentamos alrededor de una mesa muy pequeña, puesta

en un aposento que nada tenía de grande, cuya mayor parte ocupaban dos camas inmensas. El ministro se situó junto al embajador, algo más atrás, y durante todo el tiempo que duró el almuerzo, se estuvo manoseando el pie, que desnudo tenía puesto sobre la otra rodilla, de suerte que los respetables dedos negros del ministro, sobresalían bastante del borde de la mesa, á cosa de medio palmo del plato del comandante. Servíannos soldados de la Legación. A un paso de la mesa, inmóvil como una estatua, hallábase el gigante vestido de azul, con una mano apoyada en la pistola.

Sid-Abd-Alá estuvo amabilísimo con el embajador.

—Me sois muy simpático, —hízole decir por Morteo sin más preámbulo.

El embajador le contestó que igual sentimiento experimentaba respecto de él.

—En cuanto os ví, — continuó el ministro, — fué vuestro mi corazón.

El embajador correspondió al cumplido.

—Al corazón, — concluyó Sid-Abd-Alá, — es imposible resistirle, y cuando nos manda amar á una persona se la ama sin saber por qué.

El embajador le tendió la mano y aquél la estrechó contra su corazón.

Diez y ocho platos nos fueron servidos. No quiero hablar de ellos: baste saber que estoy segurísimo de que me será tenido en cuenta el día que sea juzgado. Por añadidura, el agua era almizclada, de colores distintos las servilletas y las sillas se bamboleaban. Sin embargo, tales calamidades, lejos de ponernos de mal talante, excitaron de tal modo nuestro buen humor, que pocas veces hemos estado más alegres y animados que aquella mañana. Como hubiese podido enten-